

lante por la Holanda, la Alemania y la Italia, registrando las bibliotecas y archivos en busca de documentos y materiales para escribir la historia de la casa de Hannover, y llenar los deseos é indicaciones que con este objeto le hiciera el duque de Brunswick, cerca del cual se había retirado después de la muerte de su primer protector el canciller de Maguncia.

En 1700 Leibnitz fué llamado por el rey de Prusia para presidir la Academia de Berlín, fundada por su consejo. Pensionado por Pedro el Grande, con quien habló en 1711, nombrado consejero áulico por el emperador de Alemania, honrado por todas partes y en todas ocasiones, Leibnitz murió de un acceso de gota en Hannover, año de 1716.

Leibnitz fué á la vez que gran filósofo, gran matemático, gran teólogo, gran historiador, gran erudito y gran jurisconsulto. De aquí es que sus obras, profundas y sólidas por punto general, son también muy numerosas, y responden á la universalidad de sus conocimientos (1), entre los cuales sobresalen sin duda los filosóficos.

Pertencen á este género, además de los ya citados y de muchos trabajos sueltos contenidos en cartas y en publicaciones científicas, como el *Journal des Savants*, los escritos siguientes: *De prima emendatione Philosophiae et de notione substantiae*.—*Tractatus de arte combinatoria, cui subnexa est demonstratio existentiae Dei ad mathem. certitudinem exacta*.—*Theses in gra-*

(1) Son muy notables, entre las obras de Leibnitz que no se refieren á la Filosofía, su *Codex juris gentium diplomaticus*, su *Nova methodus discendae docendaeque jurisprudentiae*, su *Characteristica universalis*, sus *Annales Brunswicensis* y su *Protogoea*.

tiam principis Eugenii conscriptae.—*Nouveaux essais sur l'entendement humain*, obra escrita con el objeto de refutar el *Ensayo* de Locke.—*Monadologie*.—*Essai de Theodicée sur la bonté de Dieu, la liberté de l'homme et l'origine du mal*, tratado al que va unida generalmente una disertación teológico-filosófica con el título de *Causa Dei asserta per justitiam ejus, cum caeteris perfectionibus, cunctisque actionibus conciliatam*.—*Principes de la nature et de la grâce fondés en raison*.

Leibnitz escribió pocas de sus obras en la lengua patria: la mayor parte y las más importantes fueron escritas, ó en latín, ó en francés.

§ 66.

FILOSOFÍA DE LEIBNITZ.

El cartesianismo, representado por Descartes, Malebranche y Spinoza, había relegado en cierto modo á la sombra el principio de contradicción y el de causalidad por medio del *cogito, ergo sum*, y por medio del ocasionalismo. Leibnitz, para combatir y rectificar estas falsas y peligrosas direcciones, restablece la importancia científica del principio de contradicción, el cual, unido al de razón suficiente y á la afirmación de la fuerza ó causalidad eficiente en las substancias creadas, echa por tierra la tesis cartesiana, y restaura la tesis de la Filosofía escolástica bajo este doble punto de vista. «Nuestros razonamientos, escribe el filósofo alemán, están fundados sobre dos grandes principios:

el principio de contradicción, en virtud del cual juzgamos falso lo que envuelve contradicción, y verdadero lo que es opuesto contradictoriamente á lo falso, y el principio de la razón suficiente, en virtud del cual consideramos que no puede existir hecho alguno ni ser verdadera una afirmación, sin que exista una razón suficiente para que la cosa sea así y no de otra manera, por más que muchas veces no nos sean conocidas en particular estas razones suficientes de las cosas.» El universo ó la naturaleza no es un conjunto de esencias y verdades arbitrarias y mudables, sino que representa esencias con enlace y subordinación ontológica, representada por la ley de continuidad (*natura non facit saltum*), constitutiva de la escala de los seres. Estas substancias materiales tampoco son inertes ó puramente pasivas, como pretende el cartesianismo: lejos de eso, toda substancia es activa ó capaz de acción (*la substance est un être capable d'action*) por su misma esencia, hasta el punto de que la esencia y substancia de las cosas consiste precisamente en la fuerza activa y pasiva (*in agendi patiendique vi consistere*), la cual se encuentra en todas las substancias, aunque en diferentes grados. El mundo no es un puro mecanismo, compuesto de extensión y movimiento local, como dicen los cartesianos; no es una naturaleza pasiva é inerte de suyo, sino una naturaleza activa y llena de vida: *Toute la nature est pleine de vie.*

Esta vida, añade Leibnitz, no pertenece sólo al pensamiento, según afirma el cartesianismo; pertenece también á los cuerpos ó substancias extensas. Y con esta doctrina, el filósofo alemán echa por tierra el dualismo radical, la separación absoluta que entre el

espíritu y la materia establecía el cartesianismo: al dualismo absoluto, muerto y abstracto de la teoría cartesiana, Leibnitz sustituye el dualismo relativo, concreto y vivo de la Filosofía escolástica.

Leibnitz reconoce que en Dios está la fuente de las existencias finitas y también de las esencias en lo que tienen de real, en cuanto precontenidas *ab aeterno* en la mente divina, que es la región de las verdades eternas (*l'entendement de Dieu est la région des vérités éternelles*), según la palabra del filósofo alemán; pero éste rechaza al propio tiempo la teoría de Descartes (1), según la cual estas verdades eternas dependen de la voluntad de Dios.

Los principios y tesis generales que anteceden constituyen la base y como el principio generador de la Filosofía toda de Leibnitz, filosofía que vamos á resumir con la posible claridad.

La Monadología:

Por su originalidad, y sobre todo por su relación con las demás partes de la Filosofía leibnitziana, la monadología, que es una especie de teoría cosmológica, merece ocupar lugar preferente en la exposición de su Filosofía.

El universo mundo es un conjunto ó colección innumerable de mónadas substanciales, es decir, de substancias simples, activas, independientes y completas

(1) «Cependant, il ne faut point s'imaginer, avec quelques-uns, que les vérités éternelles étant dépendentes de Dieu, sent arbitraires et dépendent de sa volonté, comme Descartes parait l'avoir pris, et puis M. Poiret. Cela n'est véritable que des vérités contingentes.» *Œuvres de Leibn.*, t. II, pág. 397.

cada cual en su género. Todas las mónadas están dotadas de percepción y apetito, y su mayor ó menor perfección, su gradación ontológica, se halla en relación y depende del grado de percepción y apetito. Á nosotros sólo nos es dado conocer esta gradación bajo un punto de vista general, incluyendo en esta clasificación la mónada primitiva, que es Dios; pero no conocemos cada uno de los grados que constituyen y distinguen entre sí á las mónadas finitas ó derivadas de la primitiva, especialmente con respecto á las inferiores. *Monas seu substantia simplex in genere continet perceptionem et appetitum, estque, vel primitiva seu Deus, in qua est ultima ratio rerum, vel est derivativa, nempe monas creata, eaque est vel ratione praedita, mens, vel sensu praedita, nempe anima, vel inferiori quodam gradu perceptionis et appetitus praedita, seu anima analogo, quae nudo monadis nomine contenta est, cum ejus varios gradus non cognoscamus.*

Así, pues, además de la mónada infinita é increada (Dios), existen otros tres géneros de mónadas, ó sea lo que pudiéramos llamar mónadas intelectuales (espíritus, ángeles, almas racionales), mónadas sensibles (almas de los brutos), y mónadas inconscientes ó dotadas de animación similitudinaria (*anima analogo*) é imperfecta, grupo que abraza todas las inferiores al alma de los brutos, las cuales poseen, como se ha dicho, apetito y percepción, pero sin conciencia y sin apercepción de estos fenómenos. La percepción que se encuentra en todas las mónadas sin excepción entraña ó envuelve la representación del universo. Más todavía: la perfección de las mónadas finitas ó infinitas, conscientes ó inconscientes, se halla en relación y es

regulada por esta representación del universo y la percepción que la acompaña, de manera que la mónada tanto es más ó menos perfecta, según que representa al universo de una manera más ó menos clara, y según que su percepción es más ó menos distinta. Además del pensamiento y de la sensación, y debajo de ellos, «hay, dice Leibnitz, una infinidad de grados de percepción»; hay apeticiones y percepciones confusas é *infinitamente pequeñas*, percepciones y apeticiones más ó menos análogas á ciertas reminiscencias é ideas confusas, á ciertos sentimientos vagos que el hombre experimenta en sí mismo, á pesar de tener conciencia y pensamiento.

Las mónadas finitas son como los verdaderos átomos de la naturaleza (*sont les véritables atomes de la nature*), y constituyen los elementos de todas las cosas; pues, aunque distintas, independientes y completas en su género, se reúnen y armonizan entre sí las que tienen un grado de perfección análogo.

Toda substancia material, todo cuerpo viviente ó no viviente, orgánico ó inorgánico, piedra, planta, animal, hombre, etc., es un conjunto ó agregado de mónadas, de puntos metafísicos, de substancias simples, y, por consiguiente, aunque constituye un solo individuo *físico*, envuelve muchos individuos *metafísicos*. La diferencia entre las substancias orgánicas y animadas, y las inorgánicas é inanimadas, consiste en que en las primeras hay una entelequia superior, una mónada-reina que domina á las demás y en torno de la cual se agrupan, se coordinan y se organizan espontáneamente las otras: en el animal, por ejemplo, las mónadas que constituyen el cuerpo se agrupan y coordi-

nan en torno y bajo la dirección y obediencia del alma sensitiva, que es una entelequia central, ó una mónada de orden superior y capaz de imperar y dirigir á las que constituyen el cuerpo. En las segundas, ó sea en los cuerpos inanimados é inorgánicos, las mónadas que les sirven de elementos pertenecen á un grado análogo de perfección, y se mantienen en equilibrio, sin que haya una que domine á las demás.

Sin embargo, esta carencia de superioridad y dominación deberá entenderse de superioridad muy notable y sensible, so pena de admitir que el autor de la Monadología se contradice, toda vez que enseña, no solamente que en cada parte ú órgano de una substancia animada hay una entelequia ó mónada predominante, sino que toda mónada lleva consigo su correspondiente cuerpo orgánico (*omnem monadam suum corpus organicum habere*), y constituye en realidad un ser vivo: *atque ita vivum constituere. Omnis monas creata est corpore aliquo organico praedita, secundum quod percipit appetitque.*

Aun así es difícil conciliar ciertos pasajes de Leibnitz relacionados con su Monadología, si no es interpretándolos en el sentido de la generación substancial de los escolásticos, es decir, que cada individuo físico ó substancia particular (piedra, elemento, planta, animal, etc.), es un compuesto ó supuesto substancial de varias mónadas afines y coordinadas entre sí, que representan la parte grosera y material (*materia prima*) del compuesto, y de una mónada especial y superior que las contiene, las actúa, las informa (*forma substantialis, actus primus substantiae*) y las unifica, constituyendo una substancia específica (*unum per se*) y un

supuesto ó individuo. Tal parece ser la verdadera opinión de Leibnitz, no ya sólo con respecto al hombre, en lo cual no cabe duda, según se verá después, sino con respecto á todo cuerpo que pueda llamarse verdadera substancia, y sin duda alguna con respecto á los cuerpos orgánicos, en los cuales el filósofo alemán reconoce un supuesto substancial (*unum substantiale*), constituido y resultante de la unión substancial, íntima (*unum per se*) é inmediata entre la materia y la forma que enseñaban los escolásticos: *Aliam longe esse unionem, quae facit, ut animal vel quodvis corpus natura organicum sit unum substantiale, habens unam monadam dominantem, quam unionem, quae facit simplex aggregatum, qualis est in acervo lapidum: haec consistit in mera unione presentiae seu locali; illa in unione substantiatum, novum constituyente, quod scholae vocant unum per se, cum prius vocent unum per accidens.*

Á poco que se reflexione sobre este pasaje, se verá que la unión *quae facit unum substantiale*, en el sentido de Leibnitz, es idéntica á la unión substancial de los escolásticos, y que para Leibnitz, de esta unión resulta una nueva substancia (*substantiatum novum constituyente*), con unidad perfecta ó substancial (*unum per se*), lo mismo que para aquéllos. Añádase á esto que para Leibnitz, lo mismo que para los escolásticos, el alma, hablando propiamente, no es substancia, sino forma substancial ó primitiva (*Anima autem, proprie et accurate loquendo, non est substantia, sed forma substantialis, seu forma primitiva inexistens substantiae, primus actus*), es el acto primero de la substancia animada ó viviente. Es, pues, indudable que, al

ménos con respecto á los cuerpos orgánicos ó sustancias dotadas de vida (plantas, animales, hombres), la teoría de Leibnitz es idéntica en el fondo á la teoría escolástica, y que bajo este punto de vista la Monadología del filósofo alemán lleva en su seno la generación substancial, la materia y la forma de la Filosofía escolástica.

Puesto que el mundo es conjunto de mónadas, y éstas son esencialmente activas, síguese de aquí que no hay substancia alguna, por imperfecta que se la suponga, que sea absoluta y puramente pasiva (*id quod passivum est nunquam solum reperiri*), sino que la pasividad en las cosas creadas va siempre acompañada de alguna actividad, pudiendo decirse que consiste en esto la naturaleza substancial (*ipsam rerum substantiam in agendi patiendique vi consistere*) ó íntegra de las cosas finitas. Pero si ninguna de estas es puramente pasiva é inerte, ninguna tampoco es puramente activa (*vicissim nullam dari creaturam mere activam*), porque esto es propio de Dios, que es acto puro. Además de la actividad primitiva, que es, ó la misma esencia de la cosa, ó su forma substancial, hay la actividad secundaria, ó sea la tendencia ó conato á la acción, la cual es como intermedia entre la fuerza ó facultad primitiva y la acción misma (*inter facultatem agendi actionemque ipsam media est, et conatum involvit*), la cual, por consiguiente, nace inmediatamente de esta potencia activa secundaria, y no de la actividad primitiva, ó sea de la misma substancia inmediatamente. Porque para Leibnitz, las facultades del alma, de la entelequia primitiva, son fuerzas secundarias y derivadas, que deben considerarse como modificacio-

nes (1) de la misma, ó sea como accidentes, los cuales no deben identificarse, sino distinguirse de la substancia, en opinión del filósofo alemán (*Si les accidens ne sont point distingués des substances.... pour quoi ne dira-t-on pas comme Spinoza, que Dieu est la seule substance, et que les créatures ne sont que des accidens ou modifications?*), opinión con la cual, como en todas las que se acaban de indicar, concuerda con la doctrina de los escolásticos (2), y especialmente con la de Santo Tomás. Quien conozca á fondo esta doctrina, verá que la identidad ó coincidencia mencionada se extiende

(1) «Je conçois les qualités ou les forces derivatives, ou ce qu'on appelle formes accidentelles, comme des modifications de l'entelchie primitive; de même que les figures sont des modifications de la matière. C'est pourquoi ces modifications sont dans un changement perpetuel, pendant que la substance simple demeure.» *Essais de Théod.*, p. 3.^a, pág. 593.

(2) Sin contar lo que se ha dicho en el texto acerca de la identidad que se observa entre la teoría leibnitziana y la escolástica en orden á la constitución íntima y substancial de los seres vivientes, todo el contenido del último párrafo puede resolverse en las siguientes ideas y afirmaciones explícitas de la Filosofía escolástica: *Operari sequitur esse, et omne quod habet esse substantiale habet quoque aliquam vim et operationem.—Omnis creata substantia includit simul actum et potentiam.—Solutus Deus est actus purus, atque adeo excludit omnem potentiam et passivatem.—Praeter formam substantialem, quae est actus primus, dantur in substantia formae accidentales sive vires et potentiae quae profluunt seu derivantur a forma substantiali, et a quibus immediate procedunt actiones vel operationes.—Ejusmodi vires seu potentiae derivatae, tendunt ad operationem (potentia est propter actum) ex sua natura.—Nulla substantia creata est immediate activa. In solo Deo identificantur actio et substantia.—Potentiae seu vires agendi in creatis distinguuntur ab essentia.—Quaedam accidentia distinguuntur realiter a substantia.*

Despréndese de lo dicho hasta aquí que la doctrina de Leibnitz y la de los escolásticos coinciden frecuentemente hasta en puntos de importancia secundaria.

igualmente á la mayor parte de la Filosofía de Leibnitz que resta por exponer.

El mundo fué creado de la nada libremente por Dios, y Dios contiene de una manera eminente todas las cosas creadas, cuyas ideas preexisten en la esencia divina, á la vez que su esencia física, sus perfecciones y su existencia real se hallan contenidas virtualmente en Dios (1). Los efectos y el término propio de la acción creadora de Dios son las substancias (*Les effets de Dieu sont subsistants*) ó seres subsistentes (*terminus creationis est substantia*, decían los escolásticos). El entendimiento divino, como expresión de las ideas divinas, es la norma inmediata y la fuente de las esencias creadas, así como la voluntad de Dios es el origen y la razón suficiente de su existencia real y física: *Son entendement est la source des essences, et la volonté est l'origine des existences.*

Aunque Dios pudo crear ó no crear el mundo, una vez determinado á crear, se halla necesitado, al menos moralmente, á crear el mejor y más perfecto de los mundos posibles, y, por consiguiente, el mundo actual es necesariamente único y el más perfecto (2) entre todos los posibles.

(1) «L'essence de Dieu renferme les créatures éminemment, et ainsi les idées de leur essence. Les effets sont toujours enveloppés virtuellement dans leur cause totale.»

(2) Este es uno de los pocos puntos de importancia en que Leibnitz se aparta de la doctrina de Santo Tomás. He aquí uno de los pasajes en que enseña y razona esta tesis: «L'on peut dire qu'aussitôt que Dieu a décerné de créer quelque chose, il y a un combat entre tous les possibles, tous prétendant à l'existence; et que ceux qui joints ensemble produisent le plus de *réalité*, le plus de *perfection*, le plus d'*intelligibilité*, l'emportent.... l'entendement le plus parfait

El espacio es la misma extensión de los cuerpos, ó sea la coexistencia de su cantidad, así como el tiempo no es más que la sucesión de las cosas (*l'espace... un ordre de coexistences, comme le temps est un ordre de successions*), ó sea sus mutaciones en cuanto ordenadas y numeradas, lo cual coincide con el *numerus et mensura motus secundum prius et posterius*, de los escolásticos.

Debe, pues, rechazarse la opinión ó imaginación de los que hacen del espacio una substancia ó un ser real absoluto (*refuter l'imagination de ceux qui prennent l'espace pour une substance, ou du moins pour quelque être absolu*) y distinto de los cuerpos, como debe rechazarse también la opinión de Newton cuando considera el espacio como el *sensorium* ú órgano de que Dios se sirve para sentir las cosas (1), opinión incompatible con la

ne peut manquer d'agir de la manière la plus parfaite, et par conséquent de choisir le mieux. Cependant, Dieu est obligé par une nécessité morale, à faire les choses en sorte qu'il ne se puisse rien de mieux: autrement non seulement d'autres auraient sujet de critiquer ce qu'il fait, mais qui plus est, il ne serait pas content lui même de son ouvrage, il s'en reprocherait l'imperfection; ce qui est contre la souveraine félicité de la nature divine.» *Essais de Théod.*, p. 2.^a, pág. 375.

(1) Después de refutar esta doctrina de Newton sobre el espacio, Leibnitz rechaza y hasta ridiculiza la teoría del mismo y de sus partidarios en orden á la dependencia y relación del mundo con respecto á Dios, en los siguientes términos: «M. Newton et ses sectateurs ont encore une fort plaisante opinion de l'ouvrage de Dieu. Selon eux, Dieu a besoin de remonter de temps en temps sa montre; autrement elle cesserait d'agir. Il n'a pas eu assez de vue pour en faire un mouvement perpétuel. Cette machine de Dieu est même si imparfaite, selon eux, qu'il est obligé de la décraser de temps en temps par un concours extraordinaire, et même de la raccommoder, comme un horloger son ouvrage.» *Œuvres*, t. II, pág. 414.